

Muchos esclavos, poco oro El nuevo perfil de la colonización, 1521-1555

Los vecinos de la abandonada Caparra, con sus indios y esclavos, se dieron en 1521 a la tarea de construir sus humildes casas en el promontorio de la bahía, después de haberse habilitado los puentes que comunicaban la isleta con la Isla madre. La esperanza de sostener un activo tráfico comercial con Sevilla y Santo Domingo los animaba. Para ello construirían un sólido embarcadero en la sección de la bahía donde hoy se encuentra la Puerta de San Juan. Por lo demás, el macabro recuerdo de las epidemias sufridas en Caparra los atormentaba. Pero ahora las brisas saludables de la isleta, así como la elevación del lugar, auguraban una buena crianza de los niños. El agua de las lluvias se escurría velozmente hacia el interior de la bahía, sin encharcarse. ¿Se evitaría así el mortífero paludismo? Eso esperaban. Quizás también los diezmados naborías, sirvientes de los vecinos en sus nuevas viviendas, dejarían de morir.

Pocos vecinos de Caparra podían anticipar en 1521 los cambios! que el futuro inmediato les deparaba. El oro, riqueza principal de la colonia, no tardaría en eludirlos. Habría que buscar otras mercancías que llamasen la atención de los comerciantes sevillanos. De otra parte, cada vez vendrían menos colonos españoles. ¿Cómo se mantendría la colonia sin ellos? La población de los indios seguiría en disminución! Para reemplazarlos se traerían varios miles de esclavos africanos en pocos años. Buen negocio ese, pero lleno de peligros: ¿cómo se controlarían, si su número llegara a exceder demasiado el de los españoles? Y, ¿qué sucedería si los tomaban fiados a los traficantes en carne humana y luego no los podían pagar?

Por último, los vecinos de la Ciudad no podían imaginar en 1521 el terror que los enemigos de España comenzarían a sembrar entre los colonizadores de las Antillas. En el período que nos proponemos examinar ahora (1521-1550), la isla de San Juan Bautista va a ser blanco de asaltos y ataques perpetrados por franceses e indios de Barlovento. La función de *vanguardia del imperio* que la Isla adquirió para España durante la segunda mitad del siglo XVI no se ha definido todavía con nitidez. No obstante, las tres décadas que van desde 1521 hasta 1550 ofrecen a sus habitantes experiencias aleccionadoras -algo así como un bautizo de fuego- en materia de asaltos enemigos y de las defensas necesarias para contenerlos.

LA CRISIS DE LA COLONIZACION

A la etapa de nuestra historia que comienza con la mudanza de la Ciudad a la isleta la llamaremos la *segunda fase* o *fase madura* de la colonización, para distinguirla de la anterior o *fase inicial*. En un espacio de tiempo muy breve cambió radicalmente el perfil económico, social y cultural de la Isla. Las causas primordiales de este cambio fueron el agotamiento del oro fluvial y la casi extinción de los indios. Sus consecuencias fundamentales serían dos: el firme establecimiento de la agricultura y la crianza de ganado como actividades primarias de los colonos, y la *africanización* de la población.

Eclipse del oro

En los comienzos del período que estudiamos, el complejo económico del oro empezó a decaer. A corto plazo, una de las causas del descenso fue la súbita escasez de indios. Tantos habían muerto a consecuencia de la viruela y otras enfermedades que ni siquiera las minas más productivas podían mantener el nivel de producción del decenio anterior.

Pero, con el pasar del tiempo, la causa principal de la depresión minera reveló su rostro verdadero: el agotamiento mismo de los depósitos tradicionales donde se extraía el oro. De año en año las bateas de lavar rendían un volumen cada vez menor de las codiciadas pepitas doradas. Explotadas apenas durante veinte años (y algunas por menos tiempo), las minas se agotaban.

Ante la desmejora de los yacimientos, los colonos reaccionaron de la manera más natural: con incredulidad. De momento no se les ocurrió que *prácticamente todo* el oro de la superficie boricueña había sido explorado. Pensaron que si los ríos del oro bajaban de las serranías y cordilleras, veneros mayores podrían hallarse en sus nacimientos. Así convencidos, se internaron en los espesos arcabucos y tupidos bosques vírgenes de Boriquén, donde únicamente los indios habían estado anteriormente.,

El ciclo del oro puertorriqueño cerró hacia 1540. A partir de este año, los documentos contienen algunas referencias aisladas a nuevos "descubrimientos". Ninguno llegó a prosperar. El recuerdo de la minería aurífera mantendrá vivas por muchas generaciones las esperanzas de un resplandeciente hallazgo. Sin embargo, desde 1540 el oro resultó ser poco más que un espejismo.

La africanización

Como vimos, el agotamiento definitivo de las minas de oro no ocurrió sino hasta la década de 1530 a 1540. Sin embargo, antes de que tal agotamiento se hiciera evidente, la población taína de la Isla sufrió tantas bajas que durante algunos años los colonos españoles se encontraron sin suficientes trabajadores para explotar los depósitos de oro aún productivos. La solución a esta escasez de trabajadores fue importar esclavos africanos, quienes se convertirían en menos de diez años en el grupo más numeroso de la población isleña.

Ya vimos en capítulos anteriores cómo en el siglo XV se desarrolló en Europa un activo tráfico de esclavos tomados de África, principalmente por los portugueses. En el sur de Castilla, y más notoriamente en la ciudad de Sevilla, los esclavos negros eran un elemento conocido de la fuerza de trabajo urbana. Recordemos también que en La Española durante la gobernación de Ovando se introdujeron los primeros esclavos africanos en el Nuevo Mundo. Algunos de estos esclavos, que por ser cristianos y estar aculturados se les llamaba *ladinos*, acompañaron a los conquistadores de Boriquén a partir de 1509.

Pero, hasta tanto no se fundara un comercio directo y estable entre las Antillas y las costas de África, los esclavos negros serían relativamente escasos en Puerto Rico. Este comercio o *trata de esclavos* fue creado en 1518 por el emperador Carlos V cuando otorgó consecutivas *licencias* a distinguidas figuras de la nobleza, amigos del joven monarca entre ellos, a un Lorenzo de Garrevod.

Según la historiadora puertorriqueña Aída Caro, a Puerto Rico llegaron entre 1519 y 1530 muchos más de los 500 esclavos negros que Garrevod estaba autorizado a introducir en la Isla. Ello es evidencia de que la escasez de trabajadores era entonces muy aguda. Los colonos estaban dispuestos a endeudarse con los tratantes, que los ofrecían a crédito a cambio del oro que todos esperaban sacar de las minas con dichos esclavos. Poco les importaba a los deudores que en el horizonte no se viera lejano el día en que se agotarían los depósitos. A unos les animaba la idea de poner sus bozales a descubrir las fabulosas minas que imaginaban por los montes. Los demás, junto con los indios encomendados o esclavos, laboraban en los viejos depósitos fluviales a punto de desgastarse. Unos pocos -los menos- eran dedicados a las faenas agrícolas y domésticas.

Además de los africanos llevados a San Juan por Garrevod y sus sucesores, otros fueron conducidos allí por vías legales y de contrabando. No sabemos con exactitud cuántos llegaron a Puerto Rico por ambas vías. Debieron ser muchos, sin embargo, porque a fines de la década en cuestión los esclavos negros eran indudablemente el elemento más numeroso de la colonia.

La población en 1530

A consecuencia de la importación de tantos cientos de esclavos, del continuo desgaste de la población india, y de la falta de inmigrantes españoles, en un plazo de apenas diez años la composición humana de la Isla cambió dramáticamente. Cuando el gobernador Francisco Manuel de Lando mandó hacer en 1530 un censo de los habitantes, el resultado fue sorprendente: tan sólo once años habían pasado desde la llegada de los primeros buques cargados de esclavos africanos y su número era ya *cinco veces* superior al de los españoles.

El censo de Lando admite muchas dudas acerca de los distintos grupos o categorías *recensados*. No obstante, la imagen que el documento ofrece no puede estar más clara en cuanto a sus rasgos generales: la gente esclava componía la gran mayoría de los que habitaban la Isla en 1530-31. Por cada español libre existían varios indios encomendados y esclavos, y una proporción aún mayor de esclavos negros.

Por otro lado, entre todos los grupos, los hombres eran mucho más numerosos que las mujeres. Este hecho, que ya observamos entre los conquistadores españoles, no había cambiado mucho veinte años después. Las pocas mujeres castellanas que iban a América seguían preferiendo las ciudades principales, como Santo Domingo.

A la altura de 1530, por consiguiente, la naciente sociedad puertorriqueña proyectaba una apariencia un tanto grotesca. Muchos más esclavos que personas libres, poquísimas mujeres. ¿Qué consecuencias acarrearían estas dos condiciones? En las próximas secciones examinaremos algunas de ellas, tales como la fuga de colonos españoles y su temor a los esclavos, la huida de los mismos esclavos a los montes

y el mestizaje.

Fugas de españoles

Uno de los problemas principales que ocasionaron la escasez de mujeres y la africanización de la Isla fue la pérdida de colonos españoles por la emigración. Como es natural, los colonos solteros no podían sentir el mismo arraigo por la tierra que los casados. Cualquier crisis pasajera los motivaría a empacar sus motetes y seguir camino.

La crisis estalló a fines de la década de 1520 a 1530. Su causa más inmediata fue el evidente agotamiento de las minas de oro, en